

Disoñar, un arte futurista de las relaciones en Norteamérica

Carta a mis amigos colombianos

Jocelyne Côté (Quebec, Canadá)

Empecé a disoñar el día que descubrí familiares en el hemisferio sur de nuestro planeta, en un país con muy mala fama, lo que me gustaba, teniendo en aquel tiempo la mitad de la edad que ahora tengo. Como todos los estudiantes de antropología contemporánea yo me obsesionaba por las relaciones humanas. Es evidente hoy día que no las conocía pues anduve muchos años por los corredores de la universidad buscándolas sin reposo, tragando una cantidad vergonzosa de libros, ahogándome en la más profunda reflexión, aburriéndome en una creación sin entrañas.

Para salvarme de semejante infierno, yo tenía la pasión de Colombia y nada ni nadie podía impedirme volver a mis disueños colombianos que, aunque recién nacidos, empujaban ya mi tiempo hacia adelante con la fuerza del descubrimiento. Volver, lo hice cada año durante casi una década. Aquella fue la relación amorosa más duradera de mi vida. Y lo es todavía.

Tuve suerte. Crecieron orquídeas nuevas sobre el humus de las experiencias pasadas. Le debo a la gente de La Cocha el paisaje de paz verde y de aguas tranquilas que forma parte de mi mundo interior. A mis queridos amigos adecianos quienes abrieron ventanas inmensas sobre los senderos de mi propio cuento, haciendo así visibles a mis ojos las potencialidades mías, les debo luces y luces. Les debo una visión muy personal del disoñar como obra relacional, como arte y forma de conocimiento de la libertad y del compromiso entre los seres humanos.

Disoñar exige dejarse alejar de lo conocido, consentir a compartir y a compartirse, a entregarse a la realización viva del encuentro. Disoñar, arte abierto y paciente entre todos, eleva el encuentro a nivel de principio organizador de la vida relacional, de la vida en general, teniendo la virtud de jugar un rol de mediador de las diferencias culturales, sociales, económicas pero también de las diferencias de poder. El encuentro es una obra generosa pues sobrepasa el *ego* y sus avatares. El encuentro concretiza una búsqueda estética perpetua: la del reconocimiento mutuo.

Yo quiero creer en los tiempos que vienen; en la vinculación deseada y consciente como modo elegido de convivir, como proyecto para el individuo de superarse a sí mismo. Yo quiero esperar ese tipo de celebraciones, el triunfo del *alter ego* como resultado histórico de la modernidad, así como se celebra aquí en este momento, en las riberas benditas de la laguna La Cocha.

Para nosotros Norteamericanos, disoñar aún es un arte futurista por experimentar, una tarea para el alumno que somos de las relaciones humanas. Debemos disoñar lo que todavía queda por inventar de nuestros encuentros con los demás, con la naturaleza, con el mañana de nuestros hijos. Es la obra por hacer que tenemos presente, delante nuestro.

Quiero agradecerle a Octavio Duque López por haberme hecho el gran honor de invitarme a este encuentro de disoñadores. Sin embargo la llegada inesperada y ruidosa de mi hija reclama toda mi presencia en otro encuentro de alta intensidad y alegría. A todos mis amigos colombianos quiero decir « les quiero mucho y hasta la próxima ».